



LA EDAD DE ORO

69.—Dar

Todo hombre que te busca, va a pedirte algo.

El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar: «qué fastidio!»

¡Infeliz! ¡La LEY escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡DAR!; ¡tú puedes DAR!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a ÉL, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: «¡Gracias porque puedo dar, Padre mío!; ¡nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!»

• •

«¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!»

AMADO NERVO

(Plenitud)

70.—Los maderos de San Juan

¡Aserrín!

¡aserráni

Los maderos de San Juan,

piden queso, piden pan,

los de Roque

alfandoque,

los de Rique

alfañique

los de triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela, con movimiento rítmico se balancea el niño y ambos agitados y trémulos están, la Abuela se sonríe con maternal cariño mas cruza por su espíritu como un temor extraño por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño los días ignorados del nieto guardarán.

Los maderos de San Juan

piden queso, piden pan!

¡Triqui, triqui,

triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia de sufrimientos largos y silenciosa angustia y sus cabellos, blancos, como la nieve, están. De un gran dolor el sello marcó la frente mustia y son sus ojos turbios espejos que empañaron los años, y que, há tiempos, las formas reflejaron de cosas y de seres que nunca volverán.

Los de Roque, alfandoque
triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda, lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra, donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están del nieto a la memoria, con grave són que encierra todo el poema triste de la remota infancia cruzando por las sombras del tiempo y la distancia de aquella voz querida las notas vibrarán!

Los de Rique, alfañique
triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela con movimiento rítmico se balancea el niño y ambos conmovidos y trémulos están, la Abuela se sonríe con maternal cariño mas cruza por su espíritu como un temor extraño por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!

¡aserrán!

Los maderos de San Juan

piden queso, piden pan,

los de Roque

alfandoque,

los de Rique

alfañique

triqui, triqui, triqui, tran!

triqui triqui triqui tran!

JOSÉ A. SILVA

(El Libro de Versos)

71.—Por qué amamos a Humboldt

Para nosotros, venezolanos, Humboldt, es, no sólo la gran figura científica del siglo XIX, sino también, el amigo, el maestro, el pintor de nuestra naturaleza, el corazón generoso que supo compadecerse de nuestros desgracias, compartir nuestras glorias y elogiar nuestros triunfos. Hay algo más todavía que nos hace fraternal su memoria; es la historia de la familia, porque cuando ésta ha vivido aislada, sin contacto con el mundo social, con el arte, con la ciencia; cuando ella no ha tenido por compañeros sino su cielo, sus montañas y sus ríos, su naturaleza virgen, ansiosa de encontrar el hombre que descifrara sus grandes enigmas o del artista que interpretara sus variados panoramas, entonces es cuando la visita del primer huésped ilustre deja en la atmósfera del hogar un recuerdo inefable que se trasmite de padres a hijos.

Un día, en aquellos en que el comercio del mundo estaba cerrado a nuestras costas, en que la presencia del hombre europeo era un acontecimiento para nuestros pueblos, en aquellos en que vivíamos sin prensa, sin comunicaciones que nos enseñaran el progreso del mundo, aislados, silenciosos, viviendo como la caravana del desierto sin más testigos que la naturaleza, pisó Humboldt nuestras playas. Llegaba vestido de pasaportes reales y armado, no con la espada del mandarín, espíritu pasivo, en cuya conciencia obraban, en aquella época, más las órdenes escritas que las necesidades de los pueblos; sino con los instrumentos de la ciencia, de la benevolencia del sabio, de la justicia del espíritu cultivado, del amor a la